

(1990), explica cómo la moral consiste en *responder* efectivamente al objeto o a la persona concreta que tenemos delante, que se transforma así en algo que nos *arranca* una respuesta que no teníamos aún preparada ni inventariada. Moral es toda respuesta que se ha dejado seducir primero por un estímulo, que ha aceptado perder pie frente al sujeto o la situación a la que se enfrenta. Ante la consideración de una jerarquía fija y objetiva de valores, el A. no cree tanto en una escala como en una pluralidad de valores, necesidades o tendencias conflictivas que tienen, cada uno en su ámbito, un carácter absoluto.

Rubert de Ventós defiende un individualismo que rechaza todo tipo de fundamento moral en las éticas del deber o en las éticas de la perfección y la felicidad. No se plantea la posible entidad ética del Estado u otras instituciones políticas, o el sentido ético del Derecho y las costumbres. El reconocimiento de los múltiples registros del hombre (sensación, emoción, voluntad, imaginación, entendimiento, razón...), le lleva a rechazar cualquier tipo de fundamento que faculte a uno sólo (sea la imaginación, sea la razón, como es el caso de las éticas deontológicas y las éticas de la felicidad). Se trata de que el individuo amplíe su ámbito de conciencia o experiencia posible, de tomar distancia frente a todo código moral, incluso el que uno practique; en suma, de relativizarse y convertirse en instrumento de lo que uno quiere, cree y desea.

Se entiende, pues, que intente definir la virtud como camino para discernir el bien del mal, depurándola de todos sus atributos; así como la afirmación de Harvey Cox que encontramos en la contraportada del libro: «Pienso que hoy estamos preparados para su mensaje: que la vida *in-auténtica* es la

única que vale la pena vivir». La pregunta es si el individualismo que caracteriza toda su obra, puede dar de sí una filosofía moral suficiente.

Francisco J. Marín-Porgueres

PASTORAL

Tomás TRIGO, *Meditaciones para el Camino de Santiago*, Colección Astrolabio Espiritualidad, EUNSA, Pamplona 1998, 308 pp., 22 x 18, ISBN 84-313-1650-0.

En la Bula *Incarnationis mysterium* (n. 2), con la que convoca el Año Jubilar del 2000, el Papa Juan Pablo II recuerda que «el tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y la penitencia, principio y camino de su rehabilitación y condición para recuperar lo que con sus solas fuerzas no podría alcanzar: la amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano».

Como un pórtico al Gran Jubileo, se celebra en este año 1999 el Año Santo compostelano. Son muchos los peregrinos que emprenden el Camino hacia la tumba del Apóstol con el deseo de acercarse más a Dios y renovar su vida; los que quieren encontrar a Cristo en el Camino; los que desean que su peregrinación sea el comienzo de una vida nueva; los que no se conforman con hacer turismo.

El libro, escrito por un sacerdote natural de Galicia, quiere ayudar a que el viaje a Compostela sea una honda experiencia de vida cristiana. Contiene 25 meditaciones, todas ellas basadas en escenas de la vida de Cristo. Con lengua-

je muy asequible, ayudan a reflexionar sobre hechos y palabras del Señor, e invitan a entrar en un diálogo íntimo y personal con El que es Camino, Verdad y Vida. De esta forma pretenden abrir al lector nuevos horizontes de entrega a Dios y de servicio a los demás.

Al final del libro se incluyen unos apéndices que contienen: las condiciones para ganar el Jubileo Compostelano, un examen de conciencia para prepararse para el Sacramento de la Penitencia, y una guía para rezar el Santo Rosario y otras oraciones.

José Alviar

Tomás MELENDO - Lourdes MILLÁN-PUELLES, *La pasión por la verdad. Hacia una educación liberadora*, EUNSA, Pamplona 1997, 161 pp., 11 x 18.

Un libro de claro contenido educativo escrito desde una mentalidad filosófica, procurando desentrañar los grandes temas de la formación humana y cristiana. Ante la deshumanización de la tarea educativa, los autores, conocidos por sus numerosas publicaciones, muestran de manera patente la función liberadora de la verdad, y especialmente de la Verdad, con mayúscula.

Se trata de educar para ser persona que piensa en los demás y no sólo en un fin utilitarista. Educar para saber amar realmente, para madurar interiormente, para ser capaz de ser más libre. Una educación que no esclavice al ser reductora de las dimensiones espirituales de la persona. La sociedad actual empuja para que se imparta una formación científico-técnica de calidad, pero en demasiadas ocasiones dejando la dimensión espiritual muy poco cultivada por no decir a veces truncada.

Los títulos de los capítulos son suficientemente ilustrativos para advertir la finalidad de esta obra, breve pero sustanciosa: la función liberadora de la verdad; la esclavitud de un saber angosto; la verdad encarnada, es decir, una verdad que se hace vida; verdades con rostro alado o el estudio de las humanidades; la liberación radical está en Dios. Termina la obra con un capítulo que propone la formación integral como el gran reto, una educación que tenga en cuenta todos los aspectos del hombre, teniendo al amor como centro de esa formación, pues el hombre es «desde el Amor, por el amor y para el Amor. El hombre es, participadamente, amor» (p. 138). Desde esta perspectiva se podrá hablar de una formación de la inteligencia, de la voluntad y de las virtudes morales.

Parece que estamos en un momento que hay que escribir sobre lo obvio, sobre esas grandes realidades —en todos los campos— que parecen olvidadas u orilladas. Y esto es lo que pasa en la educación. Para este matrimonio de filósofos, en el mundo educativo se están olvidando actualmente demasiadas veces las grandes verdades a las que debe llegar la educación, las finalidades que una tarea tan trascendental como la educación debe realizar. En la educación actual, junto a las luces, hay muchas sombras, pues se ha olvidado el valor liberador de la verdad en todas sus dimensiones. Lo que se olvida hoy día es lo central, lo importante: que la educación debe llegar a formar todas las capacidades de la persona humana, pero especialmente aquellas que son las que darán sentido a toda su existencia; educar es formar a la persona en todas sus facetas, cabeza y corazón, sentido trascendente, amor a la verdad y a las verdades de esta vida, pero especialmente amor a la Verdad, ayudar a los que sean verdaderos hijos de Dios. Éste es el reto que se proponen nuestros